

yo, y estás más bien modelada. Tú eres la predilecta.

SUSANA.—También tú tienes un bonito cuerpo.

CATALINA.—En lo alto; pero no en lo bajo. Tengo unas piernas que parecen panecillos sin miga.

SUSANA.—Son deliciosas tus piernezuelas; tienen «estilo», no son piernas ordinarias. ¡Ya querría Luisa tenerlas así, ea!

CATALINA.—¡Oh, Luisa es una boba púdical! Pero no te rías de ella, porque es más *chic* que nosotras; tiene un cuerpo de estatua. Y si jugueteara en el agua con un traje casi decente y que no la vistiese demasiado, tendría un éxito loco que haría estremecer á todos los gemelos de la playa.

LUISA.—¡Dios me libre!

CATALINA.—Es raro que no te parezca graciosa la idea de hacerse pedir baños por esos caballeres, como si se tratase por esos polkas y valeses. Me declaro muy satisfecha de haber tenido ese rasgo genial al comienzo de las vacaciones; llamo á esto el baile marino.

SUSANA.—Enseguida se impuso por todas partes la novedad. En las playas, aún á diez leguas de distancia, los muchachos y las chicas ya sólo comprenden el mar de este modo.

CATALINA.—Además, se introducen un

sin fin de refinamientos. Por ejemplo, los días de gran marea son los más deseados; me he visto ya obligada á echar pajas.

LUISA.—¿Por qué son más deseados?

CATALINA.—Porque el mar se aleja, y entonces es más divertido; ocurren lances imprevistos, se descubren rocas desconocidas, agujeros, conchas... Viene á ser el cotillón del baile ¿comprendes?

SUSANA.—¿Y los días en que mar está un poco alborotado, y no se puede confiar un punto al agua? Mi comercio en tales días es enorme, todos mis bailarines toman números; dispútanse quien va á sostenerme sobre la ola.

LUISA.—¡Qué encanto!

SUSANA.—Lo dices mejor que piensas. Hacemos arbotantes, caemos, rodamos á la par en el líquido, nos pescamos unos á otros. ¡Nada gusta tanto á los muchachos como estos chapeteos!

CATALINA.—A los nadadores firmes, cuando el tiempo está sosegado, se les concede un lindo paseo de cinco ó diez minutos, uno al lado del otro, avanzando á brazadas holgadas y serenas.

LUISA.—¿Y á los que no saben nadar, qué les concedéis?

SUSANA.—Se les suscribe para una mojadura.

LUISA.—¡Qué sosol!

SUSANA.—No lo creas. Hay un sin fin

de mojaduras; la mojadura de muchacha casera, sin más primores, la mojadura con la cabeza; la mojadura Cronstadt, con las piernas al aire... He aquí algo que divierte y hace soltar la carcajada.

LUISA.—Bueno ¿y vuestras madres durante la mojadura Cronstadt?

SUSANA.—Hacen labor de gancho bajo las tiendas á rayas.

LUISA.—La mía no me dejaría marchar, como vosotras, con el primer taparrabos que se presentase.

CATALINA.—¡Oh, la tuya es una madre excepcional! Es una madre que se baña en agua de lirios. Es una Mme. de Maintenon.

SUSANA.—A tí te han educado con demasiada rigidez; todo el mundo lo dice.

LUISA.—¿En qué? No me lo parece.

SUSANA.—Sí, mujer. Y más tarde serás á tu vez una mamá con principios y corse de lona. ¡Ah, tus hijitas, si las tienes, no se divertirán como bengalís!

LUISA, *picada*.—Es posible. Serán mujercitas honradas.

CATALINA.—¡Oye! ¿Pues, y nosotras? ¿Qué crees que vamos á ser?...

SUSANA.—...¿sino mujeres honradas?

LUISA.—Espero que sí. Pero á veces...

SUSANA.—A veces... ¿qué?

CATALINA.—Acaba.

LUISA.—A veces... me asalta cierto temor.

CATALINA.—¡Tranquilízate, santa hija mía!

SUSANA.—Seremos por lo menos tan buenas como tú ¿entiendes? Y si hubiésemos de ser mujeres á quienes se señalase con el dedo, tú lo fueras antes de nosotras... Y, vamos á ver, si tienes ideas tan sólidas, tan «clergyman», si no bañas siquiera el dedo gordo del pie en el mar ¿por qué vienes acá? Vete á Cahors, á Dijon... a cualquier parte, pero vuelve la espalda á los océanos.

LUISA.—El aire del mar sienta muy bien á mamá.

SUSANA.—Ya lo entiendo. Pues no será porque lo merezca gran cosa.

LUISA.—Y además, aunque yo no practique el baile marino, me encanta asimismo estar acá, y comprendo el mar. Lo veo de un modo distinto que vosotras, pero quizá mejor. Así me lo parece, al menos. Después de comer, mientras vosotras jugáis á caballitos en el salón del Casino, vengo á instalarme aquí en una silla de tijera.

SUSANA.—¿Sola?

CATALINA.—¿Sin tu madre?

LUISA.—Sí.

CATALINA.—¡No es prudente! ¡Una criatura tan enteramente armíño!

LUISA.—Mamá me conoce. Sabe que no peligro ni por asomo.

CATALINA.—¿Y qué? Ya estás en la silla de tijera...

SUSANA.—Sí; la inmensidad y tú, una enfrente de la otra, á las nueve de la noche. ¿Qué sucede?

LUISA.—¡Oh, nada! O casi nada. Oigo á las olas caer y prosternarse con un rumor que nunca es el mismo; ora consuela, ora amenaza. Y ese rumor es á la vez una canción, una advertencia, un sollozo. Parece que las estrellas, conmovidas, escuchen y admiren. Un misterio enorme y maravilloso flota con respeto sobre el mar profundo que se extiende en todas direcciones y hacia tan remotos confines. Pienso en las costas apartadas que baña con el mismo rumor taimado, en las playas en que nunca desembarcaré y en que tal vez se halle ahora una muchacha tan sencilla y conmovida como yo, y sentada con la misma timidez y recogimiento. Pienso en todo lo que acaece sobre las olas, en todo lo que pasa y pasó á las naves que las surcan hace cientos y miles de años, desde las barcas primitivas y rudas de los primeros hombres, hasta los *steamers* de hoy con su ténue faja de humo, tan poética, que rasa el horizonte. Pienso en las aves de la mar, de alas dilatadas; en los peces enormes desconocidos para siem-

pre, en los naufragios y en el resto de la nave deshecha. Pienso en el viento, en el diluvio, en el fin del mundo, en los musgos que cabalgan en la ola, y en los faros, que son los campanarios del marinero, y me siento muy dichosa, dichosa y triste á la vez.

CATALINA.—¿Por qué triste?

LUISA.—En primer lugar porque esas ideas son de un carácter casi exclusivamente melancólico y grave, y luego porque no quisiera meditarlas sola. En tales horas es cuando quisiera prometerme.

SUSANA.—¿Qué estás diciendo?

LUISA.—Lo dicho. Prometerme con el que aguardo, el que espero y que no se parecerá á todos los muchachos que veo.

CATALINA.—¡Pobrecilla romántica!

SUSANA.—Sería más conveniente que siguieses nuestro ejemplo. Nuestros baños son menos peligrosos que tus ensueños. Te ahogará en ellos.

CATALINA.—¿Y hace mucho tiempo que andas buscando á ese marido encantador, á ese pájaro azul, á esa gaviota de tu existencia?

LUISA.—No lo busco. Debe encontrarse. Todo se encuentra.

SUSANA.—Y todo se pierde.

LUISA.—No. El y yo, seremos de los que se guardan.



LAS DOS HUÉRFANAS

TERESA MALTOUR, 14 años

JACOBA BERNIER, 13 años

En un convento provinciano, en pleno campo de Touraine. Durante un «recreo» de la tarde en verano, las dos niñas, sentadas en el banco de piedra de un claustro, hablan en voz baja, estrechándose las manos tiernamente. Teresa es la rubia; Jacoba, la morena. Las dos son muy lindas.

JACOBA.—Hemos llegado ya á la mitad de las vacaciones.

TERESA.—Sí. Yo aguardo la apertura de curso con impaciencia. ¿Y tú?

JACOBA.—No; porque iré á pasar el mes que falta en casa de mi tía, en Pithiviers. Parto pasado mañana.

TERESA.—¡Oh! ¡Con que voy á quedar solita!

JACOBA.—¡Encanto mío!

TERESA.—No era ya muy divertido

permanecer aquí con las buenas hermanas en el gran convento vacío, mientras todas las demás se divierten con los suyos... pero al fin te tenía á mi lado, y reinaba entre nosotras la mejor armonía... ¡Cuando tú no estés, qué triste va á ser eso!

JACOBA.—¡Si pudiese llevarte conmigo!

TERESA.—¿Con que no hay medio?

JACOBA.—No.

TERESA.—Siendo así, duélete de mi infortunio. Piensa que no me queda nadie en el mundo.

JACOBA.—Sí. Me lo contaste.

TERESA.—Te lo he contado, pero mal.

JACOBA.—No. Lo recuerdo muy bien. Eres huérfana. Perdiste á tu padre cuando tenías dos años. Solo te quedaba tu madre, y murió...

TERESA.—Hace tres años. El año de mi primera comunión. Estaba en pleno luto por su muerte, ¡y me causó una impresión terrible verme aquel día de blanco! ¡No puedes figurártelo! me pareció un sacrilegio. Como comprenderás, padecí mucho. Todas las demás tenían sus mamás, sus abuelos, hermanos, hermanas, y estaban atiborradas de presentes...; yo solo tenía estampas. ¡Ah, después de la ceremonia reprimía mi llanto en el jardín, cuando Monseñor, que debía administrar la Confirmación por la tarde, me bendijo aparte!

JACOBA.—¿Qué Monseñor?

TERESA.—Un arzobispo de África. He olvidado su nombre. Yo estaba en mi rincón, cabizbaja. La Madre superiora vino á tomarme la mano y me condujo á él.—Monseñor: es nuestra huerfanilla en persona; mucho trabajo nos cuesta alegrarla un poco.—¿Cómo es eso! Y no obstante, hay que reír. ¡Y en un día como éste! Dios ordena la alegría.—Entonces, el oír que hablaba de reír, hizo desbordar mi pesadumbre, y rompí á llorar.—¡Lágrimas! ¡Una Teresita tan linda! (Se llama Teresa, ¿verdad, Madre?)—Sí, Monseñor.—Veamos, veamos...—Tenía la voz sonora, la barba negra y los ojos azul pálido. Se había inclinado hacia mí y tomado mi cabeza entre sus dos grandes manos.—¿Por qué lloras así, angelito? Dime por qué.

JACOBA.—¿Se lo dijiste?

TERESA.—Sí.—Lloro porque á nadie puedo besar.—Entonces, lanzó una exclamación.—¡Por esto! Pues bésame, hija mía, bésame en seguida, y cuantas veces quieras! ¡Y á la Madre Evangelina también! ¡Y á todo el Convento!

JACOBA.—¿Y le besaste?

TERESA.—¡Claro! Además, sin darme tiempo para respirar, me había cogido en sus brazos como á una criatura.

JACOBA.—Fuerza se necesita.

TERESA.—Fuerza y bondad. Me dió

una medalla de la Virgen, y me dijo, señalando la inscripción:—Toma, esta es tu mamá: *Ecce Mater*.—Luego besé á la Madre Evangelina. Con ella y el Obispo, me había granjeado ya cuatro mejillas, de modo que me sosegué un poco, y cuando fuí al encuentro de las demás comprendí perfectamente que les daba envidia. Clara Charvés, Luciana Gauby, Blanca Monteux, todas, en una palabra, me rodeaban como locas:— ¡Cáspita, queridita! ¡Qué ganga! El arzobispo te besa; nosotras solo tenemos besos de papás; tú necesitas una Excelencia Ilustrísima. Las escuché sin chistar, pero en mi interior pensaba que de buena gana hubiese trocado mi suerte con la suya.

JACOBA.—Lo comprendo.

TERESA.—La falta de mamá es sobre todo lo que me tiene inconsolable. Que papá no esté ya acá abajo—lo que voy á decir es horrible—puede tolerarse. Con el tiempo, una se acostumbra... Además, los caballeros, aun en vida, están raras veces presentes. Siempre apresurados... ocupados en cualquier cosa...

JACOBA.—Dices esto porque no has conocido al tuyo. Pero hay papá que vale por dos mamás, te lo aseguro.

TERESA.—Serán dos malas mamás.

JACOBA.—.....

TERESA.—No respondes. Mi charla te

apenará, y sobre todo el pensar en tu mamá muerta.

JACOBA.—(*Continúa muda y pensativa; su carita se torna de repente grave y crispada*).

TERESA.—Habla ¿qué temes?

JACOBA.—No ha muerto, ¿entiendes?

TERESA.—¿Tu madre no ha muerto? Con todo, desde que te conozco me has venido diciendo...

JACOBA.—Mentía. Vive. Tengo madre todavía.

TERESA.—¿Pero por qué tú...?

JACOBA.—¿Por qué...? ¡Pues porque sí!

TERESA.—¿Porque sí? No entiendo.

JACOBA.—Nada digo.

TERESA.—Cuéntame tus secretos, tus pesadumbres. ¿No olvidas que te amo para siempre?

JACOBA.—Yo lo mismo, ea.

TERESA.—Durante el mes de María juramos no casarnos para vivir juntas más tarde. Viviremos en una linda casita de caoba á orillas del Loire, rodeada de madre selvas, y con un carnerillo blanco domesticado que llevará en el cuello una esquila. ¿Verdad? (*La abraza*). Y seremos dichosas, muy dichosas. Beberemos leche azucarada con vainilla, como en la enfermería.

JACOBA.—Sí; eres mi corazoncito.

TERESA.—Pues entonces, cuenta. Decirme á mí algo será hundirlo en una

tumba. Puedes confiarte con perfecta seguridad. Habla, ea.

JACOBA.—No; no me atrevo... ¿Qué vas á pensar después?

TERESA.—Pues nada. No pensaré más ni menos que antes. Pensaré que eres mi mejor amiga, mi única amiga, la que adoro con todo mi corazón.

JACOBA.—Pues bien; mamá no es buena. Causó graves enojos á papá; y de eso murió el pobrecito en París, hace ocho años.

TERESA.—¡Ah!

JACOBA.—La ley les había separado. No se veían. No vivían ya en la misma casa.

TERESA.—¿Y cuando se encontraban por las calles ó en el ómnibus?

JACOBA.—No se encontraban.

TERESA.—Pero si se hubiesen encontrado, ¿no se hubieran dicho buenos días?

JACOBA.—¡Estás loca!

TERESA.—¿Ni una pequeña señal? ¿Nada? ¿Ni saludar con el sombrero?

JACOBA.—Absolutamente nada. Como extranjeros, como si no se hubiesen conocido nunca.

TERESA.—¿Como enemigos?

JACOBA.—Sí, casi como enemigos.

TERESA.—¡Oh! pero cuando dividieron á tus padres, ¿qué hicieron de tí?

JACOBA.—Los jueces me dieron á papá. Tenía yo dos años.

TERESA.—¿Eso significa que él tenía razón?

JACOBA.—Sí. Así viví hasta los cinco años.

TERESA.—¿Veías á tu madre?

JACOBA.—Casi nunca.

TERESA.—¿No te dolía?

JACOBA.—¡Oh, de ningún modo! Además, nunca la he visto, exceptuando en las vacaciones; entonces tiene el derecho de poseerme un mes. Y así seguimos todos los años.

TERESA.—¡Treinta días! Es mucho tiempo.

JACOBA.—Sí. Mucho tiempo para ella y lo mismo para mí.

TERESA.—Pero si los jueces creyeron que no era una mamá buena y que no debían dejarte á su lado ¿por qué á pesar de todo te arrojan á sus brazos durante un mes?

JACOBA.—Lo quiere la sentencia. Dice así: «La niña será conducida á casa de su madre desde el 1.º de agosto al 1.º de septiembre, todos los años». Y hay que conducir allí á la niña, claro.

TERESA.—Me parece divertida la sentencia. Con que... pasado mañana... cuando partas... ya adivino... que no irás á casa de tu tía.

JACOBA.—No tal. A casa de esta señora.

TERESA.—¿Cómo se porta contigo?

JACOBA.—¡Psel!

TERESA.—¿Te quiere?

JACOBA.—No lo creo. Me es igual.

TERESA.—¿La quieres tú?

JACOBA.—No.

TERESA.—¿La detestas?

JACOBA.—No llego á ese extremo; pero no olvido que apenó á mi padre y causó su muerte. En el fondo, es mala. Se le ve en los ojos.

TERESA.—¿Qué pesares le causó?

JACOBA.—No sé.

TERESA.—Habrá que preguntarlo.

JACOBA.—Se lo pregunté primero á mi vieja aya; después á la Madre superiora, después al señor Planteau, un magistrado que es mi tutor.

TERESA.—¿Qué te dijeron?

JACOBA.—Que me enteraría cuando fuese mayor. Pero ya sospecho de qué se trata... por alguna palabra... por indiscreciones...

TERESA.—¡Oh! ¿qué supones?

JACOBA.—Creo que se habrá ido de viaje con una persona prohibida.

TERESA.—¿No te encanta, pues, el ir á casa de tu madre?

JACOBA.—¿A casa de esta señora? Puedes creer que me carga. ¡Deber más odiado! Me besa muy flojo con la punta de los labios, porque dice que eso le echa á perder el carmín.

TERESA.—¿Y qué haces en su casa?

JACOBA.—Todo lo que me place. No se ocupa de mí. Paso horas enteras en la cocina con una mujer que se llama Gertrudis, la vieja Trudis, y que me mira con ojazos bondadosos que parecen darse cuenta de toda la situación...

TERESA.—¿Pero no me has dicho que tienes un hermano?

JACOBA.—Sí, Se prepara para ser almirante. Está en los jesuitas, en Inglaterra. La señora no va allí. Está demasiado lejos, y el navegar la marea. Para mí hay que reservar la lástima, corazoncito. No te lo dije antes, pero es cierto que, si no hubiese sentencia, preferiría con toda el alma permanecer contigo hasta el fin, á ir á aburrirme de noche y de día.

TERESA.—¿Y á qué sitio vas? ¿Dónde vive?

JACOBA.—Actualmente está en Villefresne, junto á París, en una quinta.

TERESA.—¿Linda?

JACOBA.—Sí, pero desagradable; aun bajo los árboles se siente olor de estación. (*Tomándola en sus brazos*) Deja que te mime la carita, cielo mío. Eres la más dichosa de las dos, estrellita, porque aunque hayas perdido á tu mamá que está en el cielo, tienes su recuerdo, su pensamiento sagrado; no está muerta más que á medias ¿comprendes? Pero la mía, aunque siga vi-

viendo en la tierra, está cien veces más muerta que la tuya. En una palabra: no tienes á tu mamá, pero es como si la tuvieras...

TERESA.—Sí; y tú la tienes, pero es como si te faltase.

JACOBA.—Cierto.

TERESA.—Somos dos huérfanas. Es muy sencillo.



LA DEUDA Y LA DOTE

EL GENERAL DUJARROY, 62 años

MAGDALENA, su hija, 25 años

En el jardín del viejo hotel de la división, en provincia, muy lejos de París. Magdalena está cogiendo rosas, de mañanita, cuando su padre va á su encuentro luciendo uniforme de media gala, con botas, dolman y kepís.

MAGDALENA.—Llegas en sazón oportuna para que te prenda una flor.

EL GENERAL.—Sí.

MAGDALENA.—¿Has dado un buen paseo?

EL GENERAL.—Sí.

MAGDALENA.—¿Mirabel no se ha chiflado al atravesar el puente del ferrocarril?

EL GENERAL.—No.

MAGDALENA.—Sí... No... ¡Qué modo de responder! ¿Qué te pasa? ¿Vuelve á fastidiarte tu ministro civil?

EL GENERAL.—No es el ministro; es tu hermano.

MAGDALENA, *con vehemencia*.—¡Ha jugado!

EL GENERAL.—Es un pillo. Nada bajo la guerrera; ni un ochavo de corazón.

MAGDALENA.—¡Oh, no hables así! ¡Entérame!

EL GENERAL.—Lee. He aquí lo que acaban de entregarme. (*Le tiende una carta*).

MAGDALENA, *toma la carta*.—¡Oh, Dios mío! ¡No hallaremos un instante de sosiego!

EL GENERAL.—¡Eso, en nuestra vida! Acabará conmigo. ¡Vaya si acabará!

MAGDALENA.—No digas eso.

EL GENERAL.—Lee.

MAGDALENA, *lee*.—«Vesoul, 17 de junio... Mi pobre padre muy querido...»

EL GENERAL, *que en sus adentros está que arde*.—¡Irás á freir espárragos, con tu pobre padre muy querido!

MAGDALENA.—Cuidado. Si te oyeran á la otra parte de la cerca...

EL GENERAL.—Me es igual.

MAGDALENA.—...Creerán que te enojas conmigo.

EL GENERAL.—Tienes razón. Un beso. (*La besa*). Eres un ángel... Si no te tuviese... ¡Ah, maldito!...

MAGDALENA.—No jures.

EL GENERAL.—Cierto. De nada aprovecha. Pero es un desahogo.

MAGDALENA, *que lee*.—«Mi pobre padre muy querido: va á maldecirme, y obrará justamente. He caído otra vez, pero le juro de veras por mi honor...»

EL GENERAL.—¿Quieres coserte la boca?

MAGDALENA.—¿Por qué?

EL GENERAL.—No. No te lo digo á ti. Me dirijo á él. Se atreve á hablarme de honor... ¡Ah, muñeco del!...

MAGDALENA, *que prosigue*.—«...que es la última vez...»

EL GENERAL.—¡Conocemos el chiste!

MAGDALENA.—«Y que no volveré á tocar un naipe».

EL GENERAL.—Antes de ocho días, lo creo.

MAGDALENA.—«No me va á bastar la vida entera para expiar mis faltas».

EL GENERAL.—Frasas... puercas frases repetidas hasta la saciedad... Nada de eso es siquiera sincero.

MAGDALENA, *á su padre*.—Si me interrumpes á cada palabra...

EL GENERAL.—Es cierto. Perdona... Pero es la ira... Me callo. Adelante.

MAGDALENA, *prosiguiendo*.—«Pues bien, ayer tuve la flaqueza de volver al Círculo de Cazadores. Jugué: empecé por ganar diez mil francos...»

EL GENERAL.—¡Claro!

MAGDALENA.—«Luego los perdí. Seguí el juego para recobrar mi suerte; seguí perdiendo sin alternativas. En una palabra: debo á estas horas veinte mil francos...» (*Se interrumpe*) ¡Oh! (*Larga pausa, durante la cual un pájaro canta á voz en cuello en un árbol*).

EL GENERAL.—¡Vaya! ¿Qué te parece, hija mía!

MAGDALENA.—¡Cuán culpable es!

EL GENERAL.—¡Ah, guapo hermano tienes! Pero adelante. Tengo empeño en que leas hasta el fin.

MAGDALENA, *conmovida*.—No... no puedo...

EL GENERAL.—¿Lloras?

MAGDALENA.—Sí... me falta serenidad...

EL GENERAL.—Te lo prohibo; no vas á enfermar por ese bergante... ¡Yo no lloro, te respondo de ello! Tengo los ojos secos... y el corazón también.

MAGDALENA.—No es lo mismo; tu eres su padre.

EL GENERAL.—Por mi desdicha. ¿Y ahora te conmueves por él?

MAGDALENA.—No. No sólo por él. Por tí, por nosotros.

EL GENERAL.—Seca tus ojos, ¡eal! Estoy furioso, pero en el fondo eso no me mina, y mi resolución está tomada.

MAGDALENA.—¿Qué resolución?

EL GENERAL.—Concluye ahora. Luego te la diré.

MAGDALENA, *reanudando su lectura*.—«Ya sé que no posee esa suma, pobre padre mío; y con todo vengo á pedirle de rodillas que se la procure, cueste lo que cueste...»

EL GENERAL.—¿Qué te parece? ¡Nada más sencillol

MAGDALENA.—...«¡Va en ello mi honor, el suyo!»

EL GENERAL.—¡Jamás! ¡Qué tupé! Estoy algo más alto, gracias á Dios. ¡Ah, fresco y reluciente me viera si mi honor, el honor de una cabeza cana que ha arrostrado innumerables pruebas y contrariedades, fuese solidario de todas las gansadas de ese arrapiezol! ¡A femía, si eso no fuese deplorable, sería casi cómicol

MAGDALENA, *que prosigue*.—«Si no halla el dinero... mi carrera está perdida, mis charreteras rotas. No lo consentiréis y haréis imposibles. Lo espero; y confío en vuestro socorro. Las dos personas á quienes debo esos veinte mil francos (trece mil á un magistrado, siete mil á un hombre de negocios) me han permitido aguardar hasta el martes próximo por la noche. Estamos hoy á viernes. Reitero mi súplica, pidiéndole perdón. No hay que perder un momento. Vuestro hijo arrepentido y consternado, curado para siempre.—*Pablo.*»

EL GENERAL.—¿Qué opinas?

MAGDALENA.—Me vuelvo loca. ¿Cómo resolverlo? ¡Veinte mil francos! Tú no los tienes.

EL GENERAL.—¡Qué voy á tener! Pero aun que los tuviera, no le mandaría diez céntimos.

MAGDALENA.—Lo dices, pero...

EL GENERAL.—¡Palabra de honor! ¡Ah, sería demasiado cómodo! Si fuese al menos la primera vez que eso le ocurre, podríamos intentar... dirigirnos á amigos... Pero... ¡ni así!... No conozco á nadie y tú lo mismo. ¡Veinte mil francos!

MAGDALENA.—Busquemos.

EL GENERAL.—Porque jamás hemos tenido un cuarto. ¡Mi suerte perral! Tu madre no tenía nada; yo tampoco.

MAGDALENA.—Poseáis algo mejor.

EL GENERAL.—¿Qué?

MAGDALENA.—Un amor entrañable y duradero...

EL GENERAL.—¡Oh, no, eso no basta para vivir cómodamente!

MAGDALENA.—Es lo que os hizo vivir felices.

EL GENERAL.—Por poco tiempo, de todos modos; pues no tardé en perderla, á la pobre. ¡Cuánto siento su ausencia!

MAGDALENA.—También yo.

EL GENERAL.—Pero á lo menos no ve estas porquerías. La hubieran torturado demasiado ¿Verdad? ¡Su Pablito!

MAGDALENA.—¡Oh, sí!

EL GENERAL.—Bien está la pobrecilla donde está, en el cementerio de Mostaganem á donde la llevamos hace ocho años... ¿te acuerdas?... cuando yo servía allá abajo. Una mañana de invierno...

MAGDALENA.—Sí, si... veo el lugar en que yace: entrando, á mano izquierda.

EL GENERAL.—Junto á una pequeña palmera... ¡Hijo canalla!

MAGDALENA.—¡Aguarda! Me parece que lo he hallado.

EL GENERAL.—¿Qué has hallado?

MAGDALENA.—El medio... para obtener dinero.

EL GENERAL.—No busques. Te decía ahora mismo que esta vez mi resolución es firme. Es muy sencillo: que se las componga solo ese miserable; no quiero preocuparme de nada.

MAGDALENA.—No obstante...

EL GENERAL.—De nada.

MAGDALENA.—Pero su carrera... sus charreteras...

EL GENERAL.—Me río de eso.

MAGDALENA.—Reflexiona, padrecito.

EL GENERAL.—Cállate. Me parece que soy dueño de hacer lo que me acomode.

MAGDALENA.—Sí; eres dueño de hacerlo. Pero en este instante no eres due-

ño de ti. La colera te mueve á hablar sin parar mientes en lo que dices, y si realizases lo que prometes, luego te lo reprobarías.

EL GENERAL.—No lo temas.

MAGDALENA.—Sí. Te conozco. Recuerdo cuantos sacrificios has hecho por Pablo, cuanto le has amado, y cuanto le amas aún, á pesar de todo.

EL GENERAL.—Nada, nada. Ya no le quiero. Es para mí un extraño.

MAGDALENA.—¡Por Dios!

EL GENERAL.—Que muera si le da la gana. Ya no es mi hijo.

MAGDALENA.—¡Oh, no digas eso! Es atroz.

EL GENERAL.—Si estuviésemos en campaña y sirviese á mis órdenes, le mandaría sin vacilación á que le rompiesen la crisma en el puesto que considerara de más peligro, y lo haría exprefeso, deseando que no volviese salvo.

MAGDALENA.—Eso fuera justo. Estamos de acuerdo. Ya ves como sigues amándole. ¿Qué soldado irritado con su hijo no diría otro tanto? Le amas y le perdonarás.

EL GENERAL.—No. Ha abusado demasiado.

MAGDALENA.—Le perdonarás... más tarde... otro día.

EL GENERAL.—No.

MAGDALENA.—Pero si yo tengo un recurso.

EL GENERAL.—Inútil. Ya conoces mi decisión.

MAGDALENA.—Deja que...

EL GENERAL.—No.

MAGDALENA.—Te exponga...

EL GENERAL.—¡Para qué!

MAGDALENA.—Mi solución.

EL GENERAL.—No quiero conocerla.

MAGDALENA.—Parece que temas enterarte.

EL GENERAL.—¿Que tema enterarme de tu solución?

MAGDALENA.—Sí... como si la adivinaras.

EL GENERAL.—¡De ningún modo! ¿Cómo quieres que adivine dónde piensas procurarte veinte mil francos? ¡Nosotros, reunir veinte mil francos!

MAGDALENA.—No obstante, los tenemos.

EL GENERAL, *vivamente*.—Pero no puedo disponer de ellos.

MAGDALENA.—Yo sí puedo.

EL GENERAL.—Alto, no pases adelante.

MAGDALENA.—Es mi dote.

EL GENERAL.—Basta. No quiero oírte hablar de eso. Aunque se hunda el mundo. Esos veinte mil francos son tu dote; diez mil de tu madre, diez mil de tu abuela. Eso es tuyo, sólo tuyo, para tí

sola. Y tú los necesitas más como nadie. Conque... ¡chitón!

MAGDALENA.—¿Para qué los necesito?

EL GENERAL.—Para casarte.

MAGDALENA.—No me han servido de gran cosa hasta hoy, pues me hallo soltera al terminar los veintiséis. Soy ya una pequeña solterona. Además, mientras vivas, no quiero casarme.

EL GENERAL.—¿Y después?

MAGDALENA.—Después, mucho menos. En Mostaganem, precisamente junto al cementerio, hay unas hermanas de la Caridad... Allí iré, probablemente, el día que tu faltes.

EL GENERAL.—Dices barbaridades. Guarda tu dinero. ¿Te enteras? Tu hermano es un bribón, y no aceptaré que te inmoles por él. Y luego, que la voz de eso cundiría. ¿Qué pensaría de mí la gente?

MAGDALENA.—Pues yo lo quiero y lo haré á pesar tuyo. ¡Tu hijo! Será un bribón, pero le adoras—y yo también— aunque te duelas de él y le acuses, y aún en el instante de maldecirle. Y luego, que debo ser buena para él hasta la debilidad y la indulgencia. Debo ser buena sin límites y excusarle siempre, defender su causa á pesar de todo. No tiene á mamá y yo la reemplazo. Mamá te diría lo que yo te digo, si estuviese aquí. Te recordaría su nacimiento, vues-

tra alegría cuando en la niñez habló de ser soldado, porque á mamá no la amedrentaban las guerras: tenía el alma tierna pero marcial... Y tú más tarde ¿no derramaste lágrimas cuando viste á Pablo por vez primera con el uniforme de Saint-Cyr?... Excúsame... excúsame... y librame de ese dinero que me aburre... yo no experimentaría guardándolo el menor placer, te lo prometo. Envíaselo... ó mejor, llévaselo... Sal esta tarde... ¿Convenido, verdad? Dime que es cosa hecha.

EL GENERAL, *con debilidad y emoción*.—No... te equivocas.

MAGDALENA.—Pero con una condición; que no sepa de donde viene el auxilio... Dile que uno de tus amigos...

EL GENERAL.—¡Oh, no! No acepto el incógnito... Si me resignase á consentir querría que supiese la verdad. Le diría: «Te traigo los veinte mil francos. Tu hermana ya no tiene dote». Tal vez esto le curaría.

MAGDALENA.—Díselo pues, si crees que eso debe cambiarle, é impedir que juegue de hoy en adelante. Díselo.

EL GENERAL, *que no puede resistir la emoción*.—Veremos... Volveremos á hablar de eso dentro de un momento. (*Tomando la cabeza de Magdalena en sus manos*): ¡Cuán bella y buena eres, y cuán santa, ángel mío! Eres mi consue-

lo. Si los muertos nos ven... debe de estar gozosa... Coge tus flores... (*Se aleja á grandes pasos*).

MAGDALENA, *sola*.—¿Pablo deshonorado y obligado á dimitir? Sería la muerte de padre.



UNA LAGUNA

BLANQUITA, 14 años

SUSANA, 15 años

SOFÍA, 16 años.

PEDRO, hermano de Blanquita, 19 años

PEDRO.—Señoritas, grande fuera mi satisfacción y deleite, si me reveláseis por qué me habéis hecho comparecer. Blanquita dice que tenéis que hablarme...

SOFÍA.—Y muy seriamente.

PEDRO.—¿Las tres?

SUSANA.—No juntas, pero sí cada una en particular.

PEDRO.—Adelante. Os oigo. Al veros detrás de esta mesa, como en un tribunal, traéis á mi memoria el exámen de bachillerato... Con la diferencia de que sois mucho más bonitas que esas viejas cabezas de claustro que me hicieron padecer tanto...

BLANQUITA.—No te hemos llamado para que nos digas piropos... sino para que nos informes, si puedes...

SUSANA.—Eso luego que le hayamos dicho con detención de qué se trata.

BLANQUITA.—Sí; es preciso que antes nos deje concretar nuestro problema.

PEDRO.—Concretad, amorcillos, concretad.

BLANQUITA.—Bueno. Ante todo, ¿quién empieza? Yo, puesto que me hallo en el uso de la palabra.

SOFÍA.—No. Yo, puesto que tuve la idea que trajo las gallinas.

PEDRO.—Resolvedlo como queráis, pero que sea pronto; de lo contrario vuelvo á la bicicleta que estaba bruñendo.

SOFÍA, á *Blanquita*.—Habla pues.

BLANQUITA.—Figúrate, querido caballero, que á las tres (Sofía, Susana y tu hermana) nos hirió la misma idea...

PEDRO.—¿Cuál, Señor?

BLANQUITA.—Pues que se advertía en nuestra educación, en la que da actualmente á las señoritas distinguidas, una laguna... enorme.

SUSANA.—Lastimosa.

SOFÍA.—¡Insensata!

BLANQUITA.—Y que habría que llenar.

PEDRO.—Como todas las lagunas. ¿Y cuál es?

BLANQUITA.—No seas impaciente. Es muy difícil llenar esta laguna.

PEDRO.—¡Ah! ¡ah!

BLANQUITA.—Pero no imposible; al menos no enteramente imposible, según creemos. ¿Verdad, queridas?

SOFÍA.—Sí. Debe poder decirse algo; sesgadamente... acudiendo á ciertos recursos...

PEDRO.—¡Voto á sanes! Me estoy achicharrando de curiosidad. ¿De qué diablos puede tratarse?

BLANQUITA.—Del amor.

SUSANA.—Sí.

SOFÍA.—Esto es.

PEDRO.—¿Eh? ¿qué estáis diciendo?

BLANQUITA.—Lo que oyes. El amor. Jamás se nos habla de él, jamás se inscribe su nombre en nuestro plan de estudios. ¿Por qué?

SUSANA.—Hasta el matrimonio, es un arca cerrada; y después del matrimonio, al contrario, ya nadie se ocupa de otra cosa... El amor es el fondo de la vida: amor honrado, amor culpable... amor ligero, amor violento... ¡siempre el amor! Puesto que esta palabra invade la existencia con tal poder, debería sernos definida desde la mocedad... había que prepararnos para su advenimiento... disponer el terreno.

PEDRO.—Estáis de buen humor, señoritas.

SOFÍA.—No estamos de buen humor, sino muy fastidiadas.

PEDRO. — En todo caso, sois unas cabezitas de chorlito, archidesvergonzadas; y lo que preguntáis es escandaloso. Decís cosas capaces de hacer ruborizar á un cabo de gastadores.

BLANQUITA. — ¿No puede enterárenos del amor? ¿Ni una somera información?

PEDRO. — Sospecho que no.

SUSANA. — ¿Qué mal habría en ello?

BLANQUITA, á Pedro. — Tú podrías complacernos si quisieses.

PEDRO. — ¿Yo?

BLANQUITA. — Sí, tu mismo.

PEDRO. — Te juro...

BLANQUITA. — No jures. Sabes lo que es el amor. Te he visto llorar.

SUSANA. — ¿Con que hace llorar?

SOFÍA. — Y también reír.

BLANQUITA. — Pero no á un tiempo. (*A Pedro*). Dínoslo.

PEDRO. — Jamás, jamás.

BLANQUITA. — No eres *chic*.

SOFÍA. — A mí me parece que Blanquita tiene razón que le sobra, y que expone admirablemente nuestros motivos de queja y nuestro estado de alma.

PEDRO. — Encuentro un poco alarmante vuestro estado de alma... y me mueve á reflexionar...

BLANQUITA. — Pues mira; ya habías perdido la costumbre de hacerlo. No es mal resultado. Prosigue, Sofía.

SOFÍA. — Váis á ver. Soy una persona

muy seria. Mi nombre lo indica: Sofía, sabiduría. No exijo el Perú. Me doy cuenta, no sé como, por instinto, de que es negocio delicado y difícil darnos un curso preparatorio de amor, singularmente en las casas de educación religiosa á que nuestros padres nos confiaron.

SUSANA. — ¡Vaya, mujer!

BLANQUITA. — ¿Por qué ha de serlo?

SOFÍA. — Pero... por otra parte, me doy cuenta con mucha energía de que, á pesar de todo, se impone una innovación; de que él abandona este asunto al silencio, á la abstención más completa, no resuelve nada.

SUSANA. — ¡Bravo!

SOFÍA. — Hay que dar un paso adelante.

BLANQUITA. — Un salto.

SOFÍA. — No.

PEDRO. — Veamos cual ha de ser ese paso.

SOFÍA. — Pues bien... deberían reunirnos á todas las chicas en el locutorio, un día de nuestra juventud, un día de semana santa ú otro cualquiera. Vendría un obispo ó un académico... en una palabra, una persona notable, para hablarlos poco más ó menos así:—Señoritas, amáis á vuestros padres y á vuestros abuelos: esto es el amor filial, un amor muy importante. Pero no es el amor. Amáis á vuestros hermanos y herma-

nas, otro género de amor. Pero no es el amor. Amáis á vuestro prójimo; sóis buenas y caritativas; tampoco es eso el amor. Amáis á los perros, los pájaros, las flores, los caballos y las estrellas. No es eso el amor. Amáis á Dios, á la Virgen y á los santos: este el mayor, el más puro, el más sagrado de los amores, pero no es el amor, lo que aquí bajo se llama corrientemente el Amor, el único, el verdadero, con A mayúscula. Porque además de todos estos amores que acabo de enumeraros, existe otro que nada tiene que ver con ellos, un amor que no conocéis y que váis á conocer, que es preciso que conozcáis; y de este amor voy á hablaros por algún espacio.

BLANQUITA.—¡Oh! ¿Y qué diría después?

SOFÍA.—Lo ignoro, pues no soy más que una de sus futuras oyentes, pero siento vagamente que podría contarnos cosas muy interesantes y muy bellas; que podría, si no revelarnos todo el gran secreto, á lo menos ofrecernos algunas migajas, entreabrir la puerta. No es posible que el amor sea algo tan profano, tan vergonzosa y horrible que no pueda decirsenos nada de él y que se nos sujete á una adivinanza el día de la boda, á la cual vamos inexpertas como el chiquitín que acaba de nacer. No debe evitarse que se nos hable del amor, ni

ruborizarse, ni sonreír con aires de inteligencia y escándalo cuando hablamos de él, ni cerrarnos la boca si insistiéramos con cierto deleite. Es un tema reconocido por todos los poderes: forma parte del dominio público. Cada vez que pronunciamos estas cuatro letras: amor, se nos mira como si hubiésemos soltado una palabrota. En tal caso, era preciso no enseñárnosla, no decirla á cada paso delante de nosotras. Además el amor—me lo parece—debe de traer consigo obligaciones, deberes, sacrificios, abnegaciones y malandanzas; una serie de cosas nada risueñas. Que se nos hable al menos de eso, si no pueden comunicársenos al instante los aspectos incitantes y prohibidos, los gozos malsanos y, según se cree, peligrosos para nuestras almas que es mejor abandonar...

SUSANA.—...A la santa ignorancia.

SOFÍA.—Nada de eso. A la duda, todavía más perniciosa, á la impaciencia y á la curiosidad, cien veces más nocivas.

BLANQUITA.—Tiene razón.

SUSANA.—¡Qué bien hablas!

BLANQUITA.—Santa Sofía, tus palabras son de oro.

SOFÍA.—Pues bien, ya veréis que no harán nada de eso, y que estas cuestiones continuarán siéndonos eternamente vedadas. Mientras existan muchachas, se las educará en las alacenas, con la

misma obstinación estrecha y mezquina, lejos de todo.

BLANQUITA.—¡Lejos del amor!

PEDRO.—Lo temo.

SUSANA.—Y nadie se apiadará de nosotras.

BLANQUITA.—Ni siquiera nuestros hermanos, que rehusan señalarnos un rumbo.

PEDRO.—No es esta profesión.

BLANQUITA.—Pero veamos... ¿Y si te hubiesen dicho eso cuando eras niño .. la primera vez que quisiste enterarte del amor?

PEDRO.—¡Oh, yo! Es muy distinto. En primer lugar nunca le he preguntado nada á nadie.

BLANQUITA.—¡Ahí está! Los hombres aprenden solos.

SUSANA.—¡Y haber nacido muchachas! ¡Qué lástima!

SOFÍA.—¿Por qué mis padres no me escogieron niño?

BLANQUITA.—Bueno, más tarde nos desquitaremos ¿verdad?



EL PIANO

ROSA CROISY, 19 años

MARQUÉS DE KERFAUT, 20 años

En casa de los Kerfaut, en marzo. Vasta habitación sombría en un principal, calle de Lille. Rosa Croisy se encuentra sola en el salón, donde acaba de introducirla un criado de cabeza cana. Se ha sentado junto al piano; encima de él dejó un rollo de música y varios paquetitos; se quita los guantes de hilo negro y aguarda; sus miradas vagan por los retratos de familia que cuelgan de las paredes, entre los cuales uno excita especialmente su atención; el del marqués Gustavo Agenor de Kerfaut, á la mitad del tamaño natural, en botas y tricorneo y á caballo, llevando esta inscripción pintada en el cuadro con letras ceremoniosas: «Monta el caballo andaluz Florido, que le dió Su Majestad Luis XV...» No tarda en entrar jovialmente el pequeño marqués de Kerfaut, rubio, alegre, con la cabeza erguida y respirando vida, con cierto aire de ardilla.

EL MARQUÉS.—Perdón, señorita. Soy yo. Tengo el encargo de decirle que

hoy mi hermana no podrá tomar su lección.

ROSA.—¿Está enferma la señorita?

EL MARQUÉS.—No. Quien lo está es una tía nuestra, del lado de mi madre, mi tía Vergonnes que vive en el Poitou. Está muy grave. Por eso mi hermana ha debido partir esta mañana con mi madre. Si ocurre una desgracia yo iré también.

ROSA.—Perfectamente, señor.

EL MARQUÉS.—Hubieran querido avisárselo, enviarle un billete para evitarle andanzas y chapeteos en día tan desagradable, sobre todo teniendo en cuenta que vive usted lejos ¿no es así?

ROSA.—¡Oh, no valía la pena, señor!

EL MARQUÉS.—Pero ya comprenderá usted que la precipitación...

ROSA.—Es muy natural. Y ¿cuándo debo volver? ¿El jueves próximo? ¿O convendrá que aguarde un billete de ustedes?

EL MARQUÉS.—No es necesario. Venga el jueves. Entonces se habrá resuelto ya la enfermedad en uno ú otro sentido; y en ambos casos habrán vuelto Juana y mi madre para aquella fecha.

ROSA, *con una leve inclinación de cabeza*.—Señor...

EL MARQUÉS.—Aguarde un segundo. Llueve á cántaros. (*Levantando una cortina*). ¡Como quiebra todavía el agua

contra los cristales! Siempre noté que cuando llueve en París, en nuestra calle es donde más diluvia... Si; es asombroso lo que llueve en la calle de Lille. Siéntese.

ROSA.—No dispongo de mucho tiempo.

EL MARQUÉS.—¡Por Dios! Si mi hermana no hubiese partido ¿permanecería usted aquí una hora, verdad?

ROSA.—No es lo mismo. Le aseguro que tengo prisa, señor.

EL MARQUÉS.—Siga usted aquí hasta el término del chubasco. Lo quiero. (*Reparando en los paquetitos envueltos que quedaron sobre el piano*). ¿Son de usted?

ROSA.—Sí. Iba á olvidarme de ellos... ¿Tendrá usted la bondad de entregarlos á la señorita? Son unas compras que me encargó.

EL MARQUÉS.—¿Qué es ello, si no hay indiscreción? Soy muy curioso.

ROSA.—¡Oh! Puede verse. (*Deshace el paquete*). Un acerico y un cuadro de vieja seda...

EL MARQUÉS.—¡Como! ¿Juana compra esas cosas? Es muy feo... Digo... ¿no se lo parece?

ROSA, *cortada*.—Quizás... No sé.

EL MARQUÉS.—¿De dónde diablos ha desenterrado usted eso? ¿De la cárcel?

ROSA.—No lo he desenterrado. Mamá y mi hermano hacen estas cosillas con

retazos de seda vieja... Su hermana, que lo supo...—¡es tan buena!—me rogó que escogiera...

EL MARQUÉS.—¡Oh, soy un idiota!... Le pido sinceramente perdón... ¿La he ofendido?

ROSA.—Nada de eso, señor... ¡Si hubiera de ofenderme por tan poco!

EL MARQUÉS.—¿La he apenado?

ROSA.—Ni mucho menos.

EL MARQUÉS.—Lo sentiría infinito. Precisamente no lo había mirado con detención... Esas fruslerías, al contrario, son muy lindas... Sobre todo el cuadro, con sus florecillas azules... Me parece muy bien.

ROSA.—No intente usted una rectificación. Que esas pequeñeces sean feas ó bonitas, no tiene la menor importancia. Es para nosotras un medio de ganarnos un poco el pan. No soy bastante necia para creer que las compran por admiración. No: es para favorecernos; me consta. Adiós; el tiempo mejora.

EL MARQUÉS.—No parta usted todavía. ¿Conque es usted desgraciada?

ROSA.—No me quejo.

EL MARQUÉS.—Dice usted que su hermano trabaja con su señora madre en estas labores... Será por no poder...

ROSA.—¿Hacer otra cosa? Cierto. Es paralítico... Enfermo de la médula desde los cinco años. Vive perpétuamente ex-

tendido cara arriba en uno de esos grandes coches de enfermos... ¡grandes, muy grandes!

EL MARQUÉS.—Sí, sí; entiendo. ¿Y qué edad tiene?

ROSA.—Diez y seis años. Mamá corta los patrones, y él pega las sedas... Eso le distrae ¡pobrecillo!

EL MARQUÉS.—¿No se fatiga?

ROSA.—Al cabo es mamá quien lo hace todo. Sólo ella trabaja. ¡Sin ella!...

EL MARQUÉS.—Y sin usted.

ROSA.—¡Oh, yo!...

EL MARQUÉS.—No diga usted eso. Me parece mucho mérito el suyo, sobre todo después de lo que acaba de decirme. Vea usted; á mí no me gusta el piano.

ROSA.—¿De veras?

EL MARQUÉS.—Me encocora. Todos los días alboroto á mi hermana:—¿Cómo puedes estudiar ese diabólico instrumento? ¡Avía de una vez á tu maestra!—Como usted comprenderá, no se lo voy á decir de hoy en adelante. Pero no importa; es para mí un absurdo que haya personas que por su gusto se entreguen sin reservas al piano.

ROSA.—No siempre por mi gusto.

EL MARQUÉS.—¿No me he dado á entender? ¡Pardiez! ¡No dejaré de soltar imprudencias! Pero cuando empezó usted á ponerse al piano, siendo pequeña, forzosamente debía gustarle un poco.